

Sarquis, Jorge (noviembre 2004). *El debate en la arquitectura : La construcción después del trauma*. En: Encrucijadas, no. 28. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubasibsi.uba.ar>>

El debate en la arquitectura

La construcción después del trauma

Los atentados a las ciudades de Madrid y Nueva York han abierto un profundo debate entre arquitectos y urbanistas: ¿Hay que construir para prevenir la eventualidad de un ataque? ¿Hay que diseñar espacios que disimulen la amenaza para no atemorizar a los habitantes? ¿Los nuevos espacios deben asumir un futuro inseguro o seguir diseñando con la idea de un mundo mejor que el actual? El fuerte cuestionamiento disciplinar se tornó público a partir de los proyectos urbanísticos para el Ground Zero, que reemplazarán a las destruidas Torres Gemelas. Las discusiones abiertas están en pleno desarrollo. De sus conclusiones dependerán los lugares en los que todos viviremos: o celebrarán la vida o nos prepararán para la muerte.

JORGE SARQUIS

Doctor en arquitecto. Director del Centro POIESIS (Investigaciones interdisciplinarias sobre creatividad en arquitectura, diseno y urbanismo) de la SICyT FADU, UBA. Director del Programa de Actualización Proyectual de la Escuela de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UBA.

Sabemos que los hombres
producen arquitectura.
Lo que aún no sabemos
es cómo la arquitectura
produce hombres. [1]

Hoy estos simples números enuncian dos acontecimientos históricos que ya son dos hechos más del flujo de información de esta sociedad globalizada que nos tiene acostumbrados a que las noticias duran pocas horas, porque otro acontecimiento las tapa de inmediato. Y si bien estos datos son significativos, esconden una realidad aterradora. Este debilitamiento del hecho por el dispositivo de nombrar lo innombrable con una metáfora tranquilizadora y hasta esquiva del horror vivido, nos aleja de la trascendencia del acontecimiento. Los números adquieren el valor de nombrar.

El acontecimiento es así apagado en su dimensión de tragedia y si bien no llega a ser olvidado, ni presentado en tono de comedia, es recordado con indiferencia como un hecho más. Si la imagen que nos queda es el del terror vivido, aunque sea a la distancia, no podemos olvidar que es un hecho perpetrado por terroristas que los realizan como actos de venganza en nombre de un Dios que les exige hasta la vida misma, y el resultado generará más venganza. De allí la sentencia bíblica: “siembra vientos y recogerás tempestades”. La venganza, mala consejera, está presente y se sabe dónde comienza pero no cuándo y cómo termina.

¿Podríamos decir que son actos culturales? ¡No, eso no es lo que la cultura nos enseña! y, sin embargo, ¡sí! pues lo han planificado hombres de una cierta cultura contra hombres de otra cierta cultura. Y al decir cultura –mundo artificial– se implican valores, que son para otros desvalores o principios desconocidos. O peor aún, se dice defender valores similares, pero les achacan a los otros que ellos son los que los encarnan

verdaderamente.

Este juego argumentativo podría seguir ad infinitum pero no apunto –al menos intencionadamente– a un nuevo juego de palabras sobre el relativismo cultural del todo vale, o el remanido “según sea el cristal ...”. Me quiero acercar a evaluar en qué medida y en qué aspectos los acontecimientos “once” que han dejado marcas en el cuerpo social son asumidos o impactaron en el cuerpo del saber disciplinar, sea como práctica profesional, como práctica de la enseñanza y más aún como lugar o ámbito de la investigación.

Y por qué decimos que más aún en el campo de la investigación. Porque lo acontecido no es un hecho cotidiano al que los saberes particulares –verdaderas mediaciones simbólicas normativas establecidas– tengan la posibilidad de encontrar repuestas, con sus códigos y convenciones.

Si nos preguntamos qué efectos puede tener un hecho de esta naturaleza en la medicina diríamos que ninguno en apariencia, pero no es así, sabemos que el impacto que produce en las instituciones que atienden diversos tipos de desastres cambia sus prácticas. Es necesario señalar que la historia nos ha enseñado dos tipos de acontecimientos catástrofes, que sufren los humanos: los naturales y los artificiales o culturales. Los naturales, provocados por la naturaleza, nos dañan pero no nos sorprenden, los sabemos posibles, esperables y hasta muchos de ellos anunciados por las disciplinas especializadas.

Los artificiales, los culturales, los provocados por el hombre en la historia de su devenir, de sus desacuerdos, de sus conflictos, de sus diferencias, que no encuentran vías de soluciones pacíficas, son los que deberían ser posibles de arreglar, de disolver en las “mesas de negociaciones” .

Entre estos últimos están las guerras, las que se prolongan en el tiempo y se llevan vidas y bienes irremplazables, en nombre de la defensa de valores ideales que en general ocultan intereses particulares de un país –o del sector que lleva a la guerra– afectando a todos por igual.

Aquí todas las disciplinas se ven afectadas y es recordada la frase de que las guerras, al fin y al cabo, hacen progresar a la ciencia y la técnica. Puede ser cierto en términos instrumentales, aunque lo dudo, pero al precio del dolor de llevarse vidas y marcar negativamente el espíritu de los pueblos afectados.

Pero ingresemos al punto: los “once”, por recientes y publicitados marcan y modifican a la disciplina en varios niveles, aunque con distintos grados de claridad :

a) Los aspectos técnicos e instrumentales son los más evidentes, al punto que ingenieros y arquitectos ya tienen respuestas estructurales para cuando se intente el horror de estrellar otro avión contra un edificio, pero sabemos que nada se puede hacer para defender las grandes torres ya construidas, o en proceso de construcción, que no atendieron este requerimiento.

Los acontecimientos catastróficos artificiales o culturales, de ahora en adelante deberán incorporar la posibilidad de este acontecimiento del horror, aunque el próximo ataque –

como la embajada de Israel en Buenos Aires y la AMIA– pueden hacerlo sobre edificios simples, o contaminar el aire, o las aguas potabilizadas de una comunidad, etc., etc. Todo es posible en el ancho campo de las venganzas, lo mejor sería colocar el esfuerzo en desactivar las bombas del odio y la intolerancia y apostar a la convivencia pacífica.

La historia, que tanto nos ha enseñado acerca de la inutilidad de la venganza y mucho más de las guerras por intereses económicos y/o religiosos, no es atendida con sus advertencias, y tropezamos dos veces con la misma tentación: hacer la guerra, hacer la muerte. Las explicaciones no pueden venir de una sola disciplina, pero sin duda en el alma y psiquis humana anidan gran parte del eterno retorno de lo mismo. No fue suficiente enseñanza que lo que ganaron en la guerra sobre Irak, por bombas químicas con fuerte olor a petróleo, los EE.UU. perdieron en la paz? No fue suficiente Viet Nam? ¿Y la invasión de Hungría por los rusos?, ¿y los chechenos? ¿No es más rentable apostar a la paz? Por lo visto, no. No es sólo una cuestión de insensatez, hay también intereses creados porque la guerra deja fuertes dividendos.

b) Ante este panorama, ¿cuáles deberían ser las estrategias proyectuales? ¿Deben priorizarse los aspectos instrumentales señalados antes, o apostar a comprender las opiniones de los habitantes del lugar, y por qué no, ya que estamos globalizados, aprovechar las posibilidades de Internet y conocer las opiniones de los que quieran darlas. El relevamiento de los imaginarios de la sociedad sobre estos acontecimientos nos arrojará luz sobre las actitudes a tomar durante el proceso del proyecto.

c) Por último, la concepción de la arquitectura indica que deben incorporarse los requerimientos técnicos que esta nueva situación exige, pero además debe decidir si deberían ser expresados por el edificio, que como un monumento nos recordará por siempre que la bomba puede estallar. Este juego de la guerra se instala en los habitantes, las arquitecturas y las ciudades. Éste es el aspecto que considero más importante y en el que quiero profundizar.

Se debería tratar de un “monumento a la vida”, que no nos recordara la muerte vivida, sino la muerte anunciada y por vivir. Esto no es nuevo en la historia, es fácil recordar la vivencia de la amenaza atómica, que finalmente por medios pacíficos (o por debilitamiento de uno de los contrincantes) fue resuelta y disuelta, aunque no eliminada porque sobrevive en las múltiples pequeñas guerras en los países del tercer mundo, alimentadas por los fabricantes de armas del primer mundo.

Pero si bien las arquitecturas en la historia han expresado y conformado su tiempo, el arte contemporáneo y, mas aún, las arquitecturas actuales, han abandonado hace tiempo el debate sobre si la misma debe cumplir este rol. En la historia son muchas las obras de arquitectura que hoy nos pueden dar cuenta que vivían situaciones de guerra. Los fosos que rodeaban los castillos, las torres de vigilancia, las ciudades amuralladas nos cuentan ahora, pero lo mas importante, le explicaban al propio pueblo, que estos ingenios de la defensa eran absolutamente imprescindibles y no cumplían un rol decorativo, aunque formaban parte de la cósmesis de esa arquitectura.

Fines externos e internos[2]

A la investigación proyectual le corresponderá asumir la responsabilidad de los fines internos y a la profesión los externos ante esta nueva situación. Pero esto no significa que todos los campos ignoren los asuntos que asuma alguno de ellos. Las cátedras suelen trabajar temas en los que se adelantan a los pedidos de la sociedad, pero los

conocimientos elaborados no suelen sistematizarse, y pocas veces se exponen a la comunidad para ser utilizados por la misma [3].

La arquitectura suele modelar tres tipos de materiales básicos desde sus instancias fundacionales: los destinatarios de la obra; los componentes técnicos-materiales que dan firmeza a la obra, y por último las formas que alberguen y expresen ambos aspectos. Si bien esto es discutido por muchos, no se conocen obras que no tengan destino, no sean construidas y carezcan de una forma espacial significativa [4]; todos componentes a revisar ante el mundo refigurado por los atentados.

La nueva situación ya comenzó a vivirse en muchos escenarios de catástrofes, sean naturales o artificiales. Las formas de vida varían notablemente y la arquitectura y el urbanismo deben hacerse cargo. Así, el cine catástrofe nos adelantó esto en Infierno en la torre; igualmente el calentamiento global, con el consiguiente deshielo de los polos, nos está anunciando desastres ecológicos en todas las costas del planeta, y ante esto la sociedad espera respuestas de la arquitectura urbana. Las formas de vida irán cambiando a medida que se consoliden estos temores y las negociaciones se muestren ineficaces para detener estos urbanicidios. Por lo tanto, así como se arman los individuos para la defensa, los pueblos para la guerra, la arquitectura se deberá armar, a su manera, para la defensa. El tema central en este caso no pasa sólo por si lo debe hacer a nivel de los usos y destinos de sus ámbitos, si lo debe hacer para las estructuras resistentes y sus materiales (donde ya se está pensando en nuevos materiales aptos para resistir), sino si lo debe expresar, si debe asumir que este es nuestro mundo real y todas las realidades que la arquitectura le entregue a la sociedad ayudan a esta toma de conciencia de lo absurdo de esta situación. En la construcción de las obras esto no será ignorado, el tema es si esto se debe expresar en las mismas o negar a la sociedad por el temor que pueda despertar. Es opinable y materia de la teoría de la arquitectura que sustente el autor si debiera ser expresado, ya que la teoría del reflejo para el arte es inviable, puesto que el arte es un saber que configura realidades tanto o más que otras prácticas.

Los efectos en la disciplina los podemos ver adelantados en los proyectos del concurso para el vacío de las torres gemelas, transcribimos lo que publicamos [5] en Clarín:

Arquitectura:

“Velar lo Real”

Como en una novela por entregas nos llegó el resultado de los finalistas de la compulsa entre Rafael Viñoly, y Daniel Libeskind por el Ground Zero. Se trata ahora de producir una reflexión acerca de ambos proyectos.

Lacan dice que la obra de arte es un artificio que el hombre ha inventado para velar el horror de lo Real. Creo que en esta obra, esta sentencia pone la cuestión en un punto álgido y sensible por la verdad que revela el acontecimiento. Si a este eje lo cruzamos con la afirmación de Loos que la obra de arte sólo se dará en la tumba y el monumento, tenemos una buena base para interpretar los proyectos y una excelente ocasión para verificar las dos hipótesis, ¿es esto una obra de arte?, ¿o acaso, no es esto una tumba y un monumento?.

Viñoly presenta una idea rotunda y clara, quiere recrear la imagen del skyline de Nueva York, busca la presencia de lo que fue, si bien es una mimesis creadora, el significado del referente es tan fuerte que es inevitable, no deja lugar a la creación de nuevas significaciones, que no sean las del hecho primigenio. La evocación de las torres mueve a

los placeres del parecido, donde no hay que elaborar demasiado. Todo el planeta ha visto las imágenes de los aviones atravesando las torres. Sabemos demasiado de qué se trata. Libeskind transita otro registro, entiende que el recuerdo es una actitud que exige una elaboración espiritual y no se trata de una mera contemplación y ensimismamiento en el duelo y la tristeza, sino en un recuerdo que vivifique el alma, para que esas muertes no sean inútiles. Nos invita y nos obliga a la elaboración del duelo con su organización formal espacial, diseñada con mensajes cifrados para legos y expertos, de volúmenes atravesados, rayos de sol que fijan el instante cada año y tal vez otros mensajes que no alcanzamos a descifrar. Un cierto caos y extrañamiento, materializado en arquitectura, en correlato con una subjetividad metropolitana estallada en el horror, cuya mimesis no comparto, se visualiza en sus imágenes. ¿Qué pretende Libeskind?, ¿reiterar la insoportable vivencia del horror, el desconsuelo de la condición humana, que se enfrenta a una realidad irreparable?

¿Qué mundos proponen ambos proyectos? Viñoly, pese a mostrar claramente de qué se trata, nos vela lo real ocurrido cuando nos reenvía hacia los mismos temas y lo que primero fue tragedia, la segunda vez es comedia. Libeskind, en cambio, expulsándonos de la mimesis figurativa nos obliga, con esfuerzo y hasta fastidio, al trabajo de comprender y donar sentido a un nuevo mundo refigurado por el horror.

La posibilidad de dar sentido al GZ no creo que esté abarcada por ninguna de las dos propuestas y, quizá, todavía no exista un imaginario que aporte alguna pista para echar luz sobre el horror que a 18 meses sigue en carne viva. Parece ser que la arquitectura es aún impotente para comprender e interpretar la tragedia.”

Conclusiones

Si bien no sabemos cómo la arquitectura produce subjetividad, sí sabemos que ejerce tal vez más influencia que la que imaginaba Foucault cuando afirmaba que el panóptico sólo era funcional para aquellos sujetos que ya tenían un panóptico en su conciencia, o mejor aún en su inconsciencia. No determina, pero si condiciona, no es lo mismo haber crecido en la ciudad consolidada que en una villa donde la sensación de exclusión está in corpore inevitablemente.

La arquitectura que presentice el terror a la guerra, en monumentos singulares o arquitectura de la vida cotidiana, nos debe permitir ingresar y salir del duelo permanentemente. Sobre este punto “La an-estética de la arquitectura” [6] aporta ideas esclarecedoras.

Como pocos arquitectos, Albert Speer, el arquitecto del nazismo, convirtió un mitin político en una “obra de arte” (pág. 43), “la catedral de la luz”, proyectando con poderosos rayos de luz al cielo un escenario convincente del poder indestructible del régimen y, lo más grave, de las razones de su existencia. Esto era la estetización de la política que ya Benjamin denunciara certeramente. La arquitectura tiene también su glorificación de la imagen en detrimento de significaciones que nos hablen de lo que realmente representan en la vida de sus habitantes. Ya hemos denunciado lo que significa, para la vivienda, optar por los símbolos vacíos, en vez de pensar en presentaciones que nos comuniquen lo que realmente se experimenta al habitar en ellas.

Los futuristas de Marinetti apostaban a la guerra, como signo vital: “La guerra es bella, porque gracias a las máscaras de gas, al terrorífico gramófono, a los lanzallamas y a las

tanquetas, funda el dominio del hombre sobre la maquina subyugada”.

En esta línea de pensamiento, el norteamericano Lebbeus Woods [7] nos invita, cínicamente, a no preocuparnos por las destrucciones de la guerra, su propuesta de arquitectura urbana nos brinda imágenes seductoras de una realidad que se podría producir a partir de reconstruir, con tan excelente factura, arquitecturas que nos harán olvidar las pérdidas acontecidas.

Las imágenes son suficientemente elocuentes, el mundo que nos propone el autor para experimentar la vida o celebrar la muerte. El nivel de distorsión alcanzado, si bien no está totalmente difundido, es suficiente para alertarnos de aquellos que apuestan a esperar las destrucciones y resolverlas desde la seducción estética que anestesia (an-estética) las conciencias del mundo en el que ya estamos inmersos.

Notas

[1] Frase atribuida a Albert Shwesteir, pero que otros autores manifiestan como “la subjetividad produce arquitectura, como la arquitectura produce subjetividad”.

[2] Llamamos fines externos a los pedidos que provienen desde la sociedad hacia la disciplina, para que ésta les dé respuesta. Los fines internos son los que emergen desde la disciplina y se presentan a la sociedad como avances de la misma.

[3] En nuestro Centro POIESIS de Investigaciones Interdisciplinarias, apuntamos a la innovación y con ese carácter estamos trabajando viviendas para inundados en dos áreas críticas: Quilmes y Santa Fe. Sus resultados serán entregados a los afectados y a los municipios para realizar las obras, pero lo más importante es que serán conocimientos desconocidos hasta ahora para resolver este tipo de problemas.

[4] Fue Vitruvio, el famoso autor de los Diez Libros de Arquitectura, quien estableció estas bases en el siglo I, aunque recién fue publicado en 1450 por Alberti,

[5] Fue publicado en el Suplemento de Arquitectura el 10 / 3 / 2003, con el título: “Todavía falta luz sobre el horror”.

[6] Neil Leach, The Anaesthetics of Architecture, en castellano publicó Gustavo Gili, Barcelona 2001.

[7] Woods, Lebbeus, (1997), “Radical Reconstrucción”, Essays by Aleksandra Wagner and Michael Menser. Editorial Princeton Architectural Press, New York.